

EXPERIENCIAS DE AUTOORGANIZACIÓN EN CARTONEROS:
UN ACERCAMIENTO A LA CONFIGURACIÓN DE VÍNCULOS LABORALES
Y SOCIALES EN CONTEXTOS DE EXCLUSIÓN SOCIAL

Sabina Dimarco

Universidad Nacional de General Sarmiento/CONICET (Argentina)

sabinadimarco@yahoo.com.ar

Introducción

La recuperación informal de residuos o “cartoneo” se ha convertido en una alternativa laboral masiva en un país devastado económica y socialmente, por las consecuencias de tres décadas de implementación sin anestesia de políticas de corte neoliberal.

El “cartoneo” engloba a un conjunto heterogéneo de prácticas, posiciones y percepciones relacionadas con una misma actividad laboral. A los fines de este artículo, nos interesa situarnos en una de las modalidades que ha comenzado a desarrollarse en los últimos años en torno a esta actividad y que resulta una forma novedosa en relación con las características que ésta había presentado históricamente: nos referimos a la organización colectiva del trabajo.

Para ello, nos centraremos en el análisis de tres experiencias de autoorganización en torno a la recuperación informal de residuos: el Tren Blanco, la Cooperativa Reciclando Sueños y la Cooperativa Ecológica del Bajo Flores. Aunque con diferencias en cuanto a su estructura, su modo de funcionamiento y sus objetivos, las tres constituyen ejemplos de intentos de reconstitución de vínculos sociales y normativas comunes a un colectivo, en contextos de fuerte fragmentación y exclusión social.

A lo largo de este escrito nos centraremos en analizar algunas de las formas que adquiere la compleja trama de sociabilidad que se va generando en torno a esta actividad laboral. Algunos de los interrogantes que buscaremos responder son: ¿cuáles fueron los elementos que posibilitaron la emergencia de formas de organización en un trabajo caracterizado por su fragmentación e individualidad? y ¿qué formas específicas adquieren estas experiencias organizativas y a qué tipo de relaciones vinculares están dando lugar?

En las líneas que siguen pretendemos simplemente brindar algunas reflexiones derivadas de un trabajo de investigación llevado adelante, en un primer momento, gracias a una beca de CLACSO, y actualmente, como becaria del CONICET. Debido a que se trata de un trabajo todavía en curso, intentaré aquí presentar algunas ideas que forman parte de una investigación más amplia. De este modo, no pretenden ser conclusiones cerradas sino sólo algunas ideas que aporten a la reflexión sobre el tema.

En cuanto al cuerpo de datos que hemos analizado, el mismo fue construido a partir de 25 entrevistas en profundidad realizadas a los diferentes integrantes de las organizaciones seleccionadas. Por otra parte, las observaciones participantes resultaron de suma relevancia dado que nos permitieron un acercamiento privilegiado a las prácticas cotidianas y a la dinámica organizacional de los casos de estudio. Los documentos publicados por las organizaciones, así como notas periodísticas y fotos que nos fueron proveyendo los entrevistados, también fueron incorporados como insumos para la investigación.

Acerca de las formas que fue adquiriendo la actividad a lo largo de los años

Si bien con características diferentes a las que presenta en la actualidad, la recolección informal de residuos como estrategia de supervivencia tiene más de un siglo de antigüedad (Suárez, 2002; Fajn, 2002). Durante cuarenta años, los residuos del área central de la Ciudad de Buenos Aires fueron dispuestos en el vaciadero municipal ubicado en el Riachuelo, entre los barrios de Nueva Pompeya y Barracas, alrededor del cual se fue conformando un barrio habitado por personas que se dedicaban a la recolección de residuos recuperables. Fue en este barrio, conocido como “Barrio Las Ranas” o “Pueblo de las Latas”, que comenzó a denominarse “ciruja” al recuperador de residuos haciendo alusión a la analogía médica “cirujano de la basura” o “profesional que anda entre los huesos” (Suárez, s/f). Para el año 1899 se estimaba en cerca de 3.000 la cantidad de personas (entre hombres, mujeres y niños) que hurgaban en los desechos materiales factibles de ser vendidos a los copiadores. El barrio “Las Ranas” será finalmente desalojado hacia el año 1917 y sus habitantes trasladados a un asilo policial (Suárez, s/f).

Hacia comienzos del nuevo siglo, con el incremento notable de la población, la Ciudad de Buenos Aires se propone un cambio en la modalidad de gestión de los residuos pasando de la “quema” -la forma utilizada hasta aquel momento- a la utilización de usinas incineradoras. Sin embargo, durante aquellos años el número de basurales y quemas al aire libre y, junto con ellas, la población dedicada al cirujeo, no cesó de aumentar (Suárez, s/f). Es por aquellos años que se registran los primeros antecedentes de

prohibición del cirujeo mediante la creación de un cuerpo de inspectores en 1904 (pagados por los concesionarios) encargados de evitar la presencia de cirujas en la “quema” (Gorbán, 2005).

En el año 1942 aparece el primer decreto que busca incorporar a los cirujas y su actividad en el marco de la administración pública. Si bien la normativa reiteraba la prohibición de seleccionar residuos en la vía pública, se encomendaba al Ente Autónomo de Industria Municipal (EAIM) el empleo de los cirujas en las usinas para selección y clasificación de los residuos (Suárez, s/f).

Durante las décadas del '40 y el '50, la mayor parte de los cirujas se concentraron en las villas miseria crecientes de la zona sur de la ciudad (villa 20 y barrio Charrúa, en aquel momento conocido como “villa piolín”) y en el albergue Warnes. Más tarde, con el plan de Erradicación de villas en los años de la dictadura militar, se buscará terminar con los basurales de la ciudad y disuadir la actividad del cirujeo. Durante aquellos años de plomo una ordenanza dictada por el (en aquel momento) Intendente Cacciatore prohíbe directamente el reciclaje informal de residuos. Sin embargo, a pesar de que a través de la política de erradicación de villas se expulsó a una cantidad significativa de esta población hacia el otro lado de Gral. Paz, la zona sur continúa siendo en la actualidad la zona de residencia de la mayoría de los cirujas que habitan la Ciudad de Buenos Aires.

En paralelo a la prohibición de la actividad del cirujeo se establece que sólo las compañías contratadas por la empresa pública CEAMSE (1) (en ese momento recién creada) tendrían autorización para recolectar residuos sólidos (Koebs, 2002). Podemos pensar entonces que no resulta una mera coincidencia que la prohibición del cirujeo surja simultáneamente a la primera privatización del servicio de recolección de residuos (que recayó en manos de la empresa Manliba), más aun si tenemos en cuenta que las empresas cobraban por tonelada depositada (2). De este modo, se declara la ilegalidad del cirujeo por casi veintiséis años. Los gobiernos democráticos que le sucedieron mantuvieron esta situación hasta el año 2003.

Sin embargo, a pesar de la represión de que eran víctimas quienes se atrevían a realizar la actividad durante estos años, el cirujeo nunca desapareció y el número de personas que se dedicaban a esta actividad variaba dependiendo de los precios de los materiales reciclables en el mercado y de los ciclos económicos. Actualmente, como consecuencia de las transformaciones en el mundo del trabajo que han redundado en niveles inéditos de desocupación y precarización laboral, miles de personas que se encontraban privadas de la posibilidad de subsistir por medio de su trabajo han encontrado en la recuperación de materiales reciclables una opción para garantizarse, autónomamente, la subsistencia material. Esto se vio facilitado por el hecho de que se trata de una actividad de relativamente fácil acceso (no requiere de competencias especiales para poder llevarla a cabo ni de demasiado capital previo) y que puede comenzarse en cualquier momento (Schamber y Suárez, 2002). Un primer incremento considerable del número de personas que se vuelca al reciclaje informal puede hallarse a partir de 1995 con el fuerte incremento de la desocupación (Suárez, 2001). Pero es el año 2002 el que marca un punto de inflexión en la actividad: con la combinación de la desocupación más alta del período y la devaluación, el número de personas que encuentran en el cartoneo una opción frente a su situación de desempleo alcanza niveles extremos, hasta convertirse en una de las actividades que más ha crecido en los últimos años (3).

La magnitud y tenacidad con que la actividad crece en esos años, a pesar de estar prohibida y ser perseguida policialmente, instala el tema en la agenda pública. En enero de 2003 el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires incorpora a los cartoneros como parte del Servicio de Higiene Urbano a través de la Ley 992. En el marco de esta ley se crea el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU), en el ámbito de la Secretaría de Medio Ambiente (hoy, Secretaría de Producción, Turismo y Desarrollo Sustentable). Sin embargo, casi tres años después, el gobierno de la ciudad sigue mostrando un profundo desconcierto respecto de qué política adoptar en relación con los cartoneros. Actualmente, el PRU se encuentra en un proceso de metamorfoseo hacia el BAR (Buenos Aires Recicla). Cualquier ciudadano desprevenido que se asesorara acerca de este “nuevo” programa podría pensar que estamos en presencia de lo mismo; sin embargo, los funcionarios del BAR intentarán demostrarnos que nace (o, más exactamente, se modifica) para adquirir un perfil más productivo y menos asistencialista. Probablemente debido a lo incipiente del proceso, difícilmente los resultados de este cambio de rumbo puedan ser percibidos por los cartoneros por el momento.

El surgimiento de las organizaciones

A través del desarrollo realizado más arriba hemos intentado demostrar que la actividad de la recuperación informal de residuos ha sufrido intensas transformaciones a lo largo de la historia. En la actualidad, en un marco de alta desocupación y con la actividad permitida por ley, el número de personas que se dedican a ello es el mayor que se haya registrado históricamente.

A su vez, la población que compone este sector presenta actualmente la característica de ser muy heterogénea. Además de incluir tanto a hombres y mujeres, como a niños, jóvenes, adultos y ancianos (lo cual no sería una característica propia de estos tiempos), su población presenta importantes diferencias según las trayectorias laborales. Así como hay cartoneros que siempre se han dedicado a esta actividad e incluso sus familias lo han hecho, hay muchos otros que han transcurrido por el mundo del trabajo

informal y para quienes el cartoneo es una “changa” más entre otras, así como quienes con anterioridad siempre han tenido trabajos formales o aquellos para quienes éste constituye su primer contacto con el mundo del trabajo. Estas trayectorias determinan muchas veces la forma en que la persona se posiciona en esta actividad laboral.

La emergencia de experiencias de organización puede asimismo mencionarse como otra de las modalidades novedosas que la actividad está adquiriendo hoy. En efecto, la recolección de residuos se ha caracterizado históricamente por realizarse en forma familiar o individual. Sin embargo, durante la década del '90 comienzan a surgir intentos de organización en torno a esta actividad, varios de los cuales persisten en la actualidad. Muchas de estas experiencias adoptan la modalidad de la cooperativa de trabajo o de servicios. Debe resaltarse que el incremento de la forma cooperativa no es un fenómeno exclusivo del caso que aquí analizamos. A partir de la década del 80 se ha comenzado a vivir un verdadero auge del cooperativismo del trabajo íntimamente ligado a la crisis económica y su secuela de desempleo (Vuotto, 2000). Siguiendo a Vuotto, esta tendencia pone en evidencia que el sistema cooperativo aparece cada vez más como el último recurso de protección o creación de empleo (2000).

En el caso de las tres organizaciones que constituyen nuestro análisis emergen ante una coyuntura de crisis con el fin defender y potenciar su fuente de trabajo. Además, los tres casos estuvieron fuertemente vinculados a una imposición o promoción externa. En el caso del Tren Blanco, la organización se plantea como una exigencia para poder tener el tren cartonero sin el cual, nos decían algunos entrevistados “no somos nadie”. En el caso de las dos cooperativas la idea aparece como sugerencia de algún amigo o vecino al ver las dificultades económicas que estaban atravesando. En ninguno de los casos contaban con una experiencia previa en cooperativismo; de hecho, no supieron de qué se trataba hasta estar ya metidos en el proceso. El presidente de una de las cooperativas da cuenta de ese primer momento:

“[Vino un vecino y me dijo que el Instituto Movilizador estaba haciendo unas reuniones para hacer cooperativas de cartoneros y yo le dije:] ‘¿con qué fin?’. ‘Una cooperativa’. ‘¿Qué es una cooperativa?’. Y nos dice: ‘vayan a ver’, y fuimos a ver”.

Sin embargo, en un segundo momento, se produce una reapropiación del sentido de la conformación de estas organizaciones. En los tres casos se plantea con orgullo las dificultades con que se encontraron para poder sacarlo adelante y, ligado a ello, el valor que tiene la existencia de la organización.

Resulta importante señalar que pocas veces se menciona la fuerza que pueda llegar a tener el colectivo como tal. Más bien, se valora el alcance simbólico que muchas veces tiene “hacia fuera” el hecho de ser una “organización” o “cooperativa”. En cuanto a sus objetivos, el Tren Blanco se plantea lo más urgente e inmediato: poder preservar su instrumento de trabajo, el tren, el único medio que tienen cientos de familias para poder llegar diariamente a la ciudad de Buenos Aires desde J.L. Suárez (partido de San Martín). En el caso de las otras dos organizaciones, al adquirir la figura legal de cooperativa tienen la particularidad de vincular simultáneamente dos objetivos: la búsqueda de ganancia, por un lado, y de fines orientados por valores sociales, por otro. En palabras de Vuotto, las cooperativas se encuentran en el difícil tironeo entre “lo económico” y “lo social” (2002). En cuanto a los objetivos económicos, se busca por medio de la organización cooperativa poder acopiar en mayor cantidad y vender a mejor precio. Para ello, se recurre a diferentes tipos de estrategias y emprendimientos: para juntar en mayor cantidad se solicita la colaboración de vecinos, restaurantes y comercios que clasifiquen y les cedan los materiales reciclables; además, se gestionan espacios donde acopiar, medios de transporte para trasladar el material, equipamientos (prensa, balanza, etc.) e infraestructura adecuada. A su vez, se encuentran trabajando para poner en marcha emprendimientos que les permitan potenciar el trabajo: a una de las cooperativas el gobierno de la Ciudad está por incorporarla al manejo de la planta de reciclaje que va a abrirse en el Bajo Flores luego de una intensa lucha en la que los miembros de la cooperativa tuvieron que defenderla en audiencia pública, mientras que, a la otra, se les ha prometido la entrega de uno de los dos primeros Centros Verdes que se construirán en la ciudad; además, ellos están avanzando por su cuenta en un ambicioso proyecto de exportación de chatarra a Holanda.

En cuanto a los emprendimientos sociales vemos desplegarse una gama de variantes que van desde útiles para los hijos de los socios o bolsas de alimentos hasta puestos de trabajo, gestión de las credenciales para cartonear que otorga el GCBA o planes sociales. El manejo de los beneficios sociales de la cooperativa requiere de una mención especial por el tipo de vínculos sociales que genera. En todos los casos estudiados hemos podido observar que los referentes acceden a información y recursos materiales que cumplen una función importante en la resolución de problemas y necesidades de la vida cotidiana de estas personas. Sin embargo, por el momento, no se produce al interior de las organizaciones una circulación horizontal ni una apropiación colectiva de estos conocimientos y contactos útiles, de modo tal que lo que “baja” a las organizaciones aparece como mérito puro y exclusivamente de los referentes. Así, los beneficios sociales que llegan siempre mediados por los referentes de las organizaciones en muchos casos dan lugar a una suerte de relaciones paternalistas y de dependencia.

“[E: ¿Y vos notás diferencia en cómo trabajabas antes, cuando todavía no existía la cooperativa, y ahora?] Claro, noto. [E: ¿Qué diferencias?] Y que con carné ya puedo hacer... [E: ¿Ya tenés el carné?] Hoy nos van a hacer [Ah, hasta ahora no lo tenías...] No. Recién me estaba diciendo que nos van a dar pechera, guantes... [E: ¿Quién les va a dar todo eso?] Pedro [el presidente

de la cooperativa] estaba diciendo [E: ¿él les va dar?] Sí, estaba hablando eso. [¿Pero son credenciales que hace Pedro o quién las hace?] No sé, el Pedro con quién se las va a hacer, pero el Pedro me las va a dar a mí. [E: ¿Y vos creés que con eso vas a poder trabajar más tranquilo?] Claro, más tranquilo.... con toda confianza, porque antes cualquier persona nos decían “sos ciruja” y eso”. (Se estaba refiriendo a las credenciales que da el GCBA a todos los recuperadores en forma gratuita sólo con mostrar el documento de identidad).

Como veremos más adelante, además de estos objetivos inmediatos de índole básicamente económica, las asociaciones surgen también con un objetivo que remite al plano simbólico (aunque sin dejar de estar estrechamente entrelazado con los objetivos económicos): la búsqueda de reconocimiento y acreditación ante otros actores sociales, fundamentalmente el Estado.

Por otra parte, si bien no aparecen como objetivos explícitos de las organizaciones, una vez puesta en marcha la experiencia (e incluso antes, en el momento de su gestación) comienza a generarse una compleja red de relaciones, tanto hacia el interior de la organización como hacia afuera de la misma, que se constituye en uno de los logros de mayor riqueza de las mismas.

Estructura interna de las organizaciones

La forma que fue adquiriendo la organización interna de estas experiencias se encuentra, hasta el momento, más cercana a formas clásicas de organización del trabajo (es decir, siguiendo una lógica de jerarquías) que a un proceso de reformulación asociativo o cooperativo de las relaciones laborales. Por lo general, a pesar de la utilización de la asamblea como modalidad de toma de decisiones, no se perciben por el momento instancias de democratización de las condiciones laborales (Vuotto, 2000). Más bien, en el caso de las cooperativas la práctica asamblearia parece estar más ligada a la adopción de esta modalidad legal de organización que a una decisión de resolución colectiva de las cuestiones a resolver.

Para plantearlo en forma esquemática, encontramos básicamente tres formas diferentes de relaciones entre los miembros de las organizaciones y, en correspondencia con ello, tres modos distintos de compromiso con la misma. Estas son:

En primer lugar, estaría la figura de los presidentes o delegados. Su rol opera como articulador del resto de los miembros. En los tres casos, quienes cumplen esta función presentan una actitud altamente activa y, en especial en el caso de las cooperativas, se encuentran abocados a su funcionamiento casi a tiempo completo.

En segundo lugar, encontramos al grupo formado por los miembros de la comisión directiva y algunos socios más cercanos al presidente (en el caso de las cooperativas) y los subdelegados (en el caso del Tren Blanco). Con una participación medianamente activa en los asuntos de la cooperativa, son quienes acompañan generalmente a los referentes a las reuniones con otras instituciones o agrupaciones y quienes participan de las asambleas. La mayoría de las personas que incluimos en este grupo se encuentran unidas a los referentes por vínculos de amistad. En el caso de María, ella describe su participación en la cooperativa como “*una amistad y un trabajo*” (socia gerenta). En ciertos casos, el cargo en la cooperativa les ha permitido seguir viviendo del reciclaje informal de materiales sin tener que salir personalmente a cartonear (en el caso del TB, sin embargo, no se han dado situaciones de este tipo).

Por último, en un tercer lugar en este esquema, se encuentran los socios en el caso de las cooperativas, y usuarios de tren, en el TB. A este grupo lo unen lazos muchos más laxos e intermitentes con la organización. En algunos de estos casos, la relación con la cooperativa no difiere demasiado de la que puedan tener con cualquier depósito de compra/venta de materiales.

Consideramos que la centralidad que adquiere la figura del referente se debe en parte a que articula lo que Crozier y Friedberg (1990) presentaron como las cuatro grandes fuentes de poder que se corresponden con los diferentes tipos de fuentes de incertidumbre pertinentes para una organización, a saber: a. las que provienen del control de una competencia particular (una habilidad), b. las que están ligadas a la relación entre la organización y sus contextos, c. las que provienen del control de la comunicación y de la información y, d. las derivadas de la existencia de reglas organizativas generales. En efecto, la imagen que el referente construye de sí, y que el resto acepta y legitima, es la de aquel que tiene los conocimientos acerca de la actividad, el que tiene los contactos para poder mejorar la posición de la cooperativa, al que hay que acudir en caso de problemas, el que “sabe que puerta golpear”. Esta posibilidad de controlar (en cierto grado y en un determinado momento) las fuentes de incertidumbre mencionadas se convierte en una fuente de poder debido a acrecienta la libertad de estos actores por sobre la del resto. En palabras de la tesorera de una de las cooperativas: “*A veces nos reunimos, nos sentamos a hablar. Y como Pedro sabe más de ésto a veces nos explica cómo es, qué es lo que sirve para vender, cómo seleccionar, poner cada cosa en su lugar, qué es cada cosa, qué sirve y qué no. Y así trabajamos con él. Y a veces cuando él no está nos quedamos acá y trabajamos como él nos dijo*”. O, como me comentó en una oportunidad el presidente de la otra cooperativa, “*cuando yo no estoy me esperan hasta para cambiar la bombita de luz*”. De este modo, aparecen para el resto como irremplazables, aquel del que hay que aprender.

Las experiencias de organización como espacios de sociabilidad

A partir de lo dicho, podemos ver que la confianza en la persona que está al frente de la organización es el punto nodal para que la misma se sostenga. En el caso del Tren Blanco, esta confianza se sustenta básicamente en el respeto y el reconocimiento de la trayectoria en la actividad de los delegados y en el hecho de que sienten que son muy pocos los que se hubieran animado a tomar la responsabilidad de ocupar ese rol. En el caso de las cooperativas, esa confianza se apoya fundamentalmente en relaciones de parentesco, amistad y vecinazgo previas a la conformación de la organización. En los tres casos, en los discursos de los miembros de las organizaciones los referentes aparecen como una especie de “líderes naturales”, como si fuera en sí mismo evidente el hecho de que esas determinadas personas, y no otras, se encuentren encabezando las organizaciones: “[en respuesta a la pregunta acerca de los comienzos de la organización del tren] el ordenamiento estuvo desde un principio, porque Mary desde un principio ella lo supo manejar muy bien. Porque a pesar de todo que Mary es así, ella tiene su carácter y maneja bien la gente”. En esta cita podemos ver cómo la organización es explicada por el carácter personal de una delegada.

Veámos también que, en relación con esto, los modos de vinculación que se establecen entre los referentes y el resto de los miembros es de una gran dependencia de los segundos a los primeros reproduciéndose, de manera más o menos intencional, relaciones jerárquicas y paternalistas. En esta modalidad que adquieren las relaciones al interior de las organizaciones juega un papel muy importante el *capital social acumulado*. Este tipo de capital, consistente en un cúmulo de relaciones, permite potenciar los escasos recursos económicos y simbólicos, constituyéndose en una fuente de poder de algunos actores sociales, y por tanto, en un principio de diferenciación que incide en los mecanismos de reciprocidad y solidaridad (Gutiérrez, 1997). Así, a pesar de ocupar una misma posición en el espacio social (una posición desventajosa con relación a otras posiciones sociales), las personas que conforman las organizaciones no constituyen un grupo homogéneo. Los recursos sociales se encuentran desigualmente distribuidos en las organizaciones y esta posesión diferenciada nos obliga a tener en cuenta las relaciones de poder cuya dinámica se encuentra también aquí presente. De este modo, mientras que su capital económico y cultural los acerca (podría decirse que los “igualan”), el capital social opera diferenciando a los referentes del resto de los miembros. En otras palabras, es fundamentalmente el capital social y la utilización que se hace del mismo (como veremos más adelante) lo que posiciona de manera desigual a los sujetos dentro de las organizaciones dando lugar a relaciones marcadamente asimétricas.

Profundizar en este punto para intentar comprender cómo algunos agentes llegan a ocupar estos espacios nos lleva a revisar la hipótesis con la que habíamos iniciado nuestra investigación. En un primer momento, partimos de la hipótesis de que era el capital social previo (formal e informal) junto con la experiencia anterior en algún tipo de actividad gremial o de organización colectiva, lo que hacía posible la construcción de intentos de autoorganización en una actividad que fue históricamente pensada como individual y en contextos de fuerte fragmentación social. A medida que fuimos avanzando, nos encontramos con que, debido a la larga historia de desafiliación que atraviesan la gran mayoría de las personas que se dedican al cartoneo, las trayectorias vinculadas a trabajos formales, que fueron los que históricamente en nuestro país proveyeron a los trabajadores de experiencias de luchas colectivas, prácticamente no existen o, en los casos afirmativos, no han dejado huellas profundas en la memoria de las personas. En otras palabras, fueron muy pocos los casos en los que se pueda decir que las personas integrantes de estas organizaciones contaban con recursos provenientes de trayectorias previas en organizaciones en torno al trabajo. La mayoría, en cambio, presentaban trayectorias laborales inestables y con una importante rotación entre diferentes trabajos temporarios, escasamente calificados, de bajos ingresos y nula seguridad social; esto es, trabajos carentes de formas de organización colectiva en torno a la defensa de derechos laborales. Sí, en cambio, tienen un peso importante los recursos provenientes de las experiencias en otro tipo de organizaciones colectivas como ser en partidos políticos, agrupaciones piqueteras, comisiones vecinales, entre otras.

Sin embargo, respecto a la importancia del capital social previo en la conformación de estas experiencias, efectivamente se ha podido comprobar que las personas que se constituyen como referentes contaban con trayectorias sociales y políticas que, aunque generalmente en un marco de informalidad, les brindan un importante capital social (y, porque no, político) con el que contaron para llevar adelante el proyecto. Efectivamente, el capital social es siempre *potencial* (Bourdieu, 1991), o sea, existe como posibilidad pero se pone a prueba en cada situación concreta. Citando a Kessler podemos decir que “en cada caso se debe realizar una operación de *valorización* para que una relación determinada se transforme en capital social *efectivo*” (1996). En el caso de los delegados del TB, y aun más claramente en el caso de los presidentes de las cooperativas, cuando comienzan a recorrer el camino de la organización hay una apelación a personas e instituciones con las que en algún momento de su recorrido social y político habían tenido relación por diferentes motivos y que, en la nueva situación, se intuye que pueden ser un recurso relevante. Algunos ejemplos de *capital social acumulado* al que recurrieron los referentes de las experiencias estudiadas son: referentes de la iglesia del barrio, funcionarios con los que previamente habían tenido contacto por diferentes motivos -desalojo del albergue Warnes, trámites para la construcción de viviendas a través de la CMV (4)-, vecinos de la zona en la que cartoneaban que se habían constituido en lo que denominan “clientes”, punteros políticos, actuales y antiguos compañeros de militancia política,

periodistas que en algún momento habían entrado en contacto con ellos atraídos por retratar la actividad, extranjeros de diferentes países que los habían contactado deseosos de ver “la realidad” del país que visitaban, entre muchos otros. Estos contactos, que en un primer momento parecían ligados a esas situaciones concretas, son posteriormente reactualizados con nuevo sentido por estos referentes; cada uno de ellos deviene en recursos a los que se les puede sacar buen provecho: los periodistas son convocados cada vez que se pretende que una demanda o una injusticia a la que se vieron sometidos tome instancia mediática; los extranjeros interesados en la situación social del país son interpelados como potenciales inversores para los diferentes proyectos que se quieren implementar; los compañeros de militancia invitados a engrosar las filas de las posibles marchas o cortes de vías en caso de ser necesario; finalmente, los contactos con funcionarios públicos –como veremos- constituyen un recurso nada desdeñable en estas experiencias.

Volviendo sobre la hipótesis propuesta, consideramos entonces que el capital social acumulado de los sujetos que encabezaron los intentos de organización fue central a la hora de poder llevarla a cabo. Sin embargo, como dijimos, no jugaron un rol importante, como se supuso en un primer momento, las experiencias previas de participación y organización sindical o gremial, ya sea porque no la tuvieron o porque no tuvo una relevancia significativa en la historia de estos sujetos.

Ahora bien, cabe hacerse entonces la pregunta acerca de cómo algunos sujetos comienzan a vislumbrar la posibilidad de organizarse en torno a este trabajo, generalmente considerado como transitorio (porque es sentido como denigrante y estigmatizante) y comienzan a poner en práctica las estrategias que mencionábamos. Resulta aquí necesario introducir a nuestra hipótesis un elemento que se tornó central para comprender estos procesos: el tiempo que los sujetos llevan dedicados a cartonear o la valoración positiva que tienen de la actividad que desempeñan vía transmisión de familiares, amigos o vecinos. En este punto nos resulta de gran utilidad recurrir al concepto de *habitus*. Retomando entonces la clasificación que presentamos al principio, diremos que una parte importante de quienes participan en experiencias de organización en torno al cartoneo y, fundamentalmente, quienes se ponen al frente de estas experiencias, tienen una historia biográfica ligada a la actividad que les permite percibirla y apreciarla de una manera diferente a la visión negativa que socialmente se tiene de ella. Así, el *habitus* –entendido como historia en estado incorporado- constituido en buena parte en torno a esta actividad permite que haya un acuerdo “entre lo que la historia ha hecho de ellos y lo que la historia les pide que hagan”, acuerdo que permite que “puedan sentirse bien en su lugar” (Bourdieu, 1998: 13). Con esto no queremos decir que toda la vida laboral haya estado vinculada al cartoneo ya que pocas veces hemos encontrado trayectorias laborales lineales; se trata más bien de trayectorias en las se han realizado otros trabajos –un porcentaje muy importante de los entrevistados han sido albañiles sin relación de dependencia- pero se ha tenido un contacto intermitente con el cartoneo, ya sea saliendo a cartonear cuando disminuía el otro trabajo, colaborando con algún miembro de la familia o viviéndolo en forma cercana por los vecinos del barrio.

“Pero para mí no es ninguna deshonradez revolver la basura porque lo estoy haciendo bien, a pesar de estar sola. Lo estoy haciendo bien. Lucho por lo que quiero y lo logro. Logro porque veo que logro que me quiera gente, que me respeten y que me consideren como lo que soy: una cartonera; pero no porque sea una cartonera voy a dejar que nadie me pise, nadie. Porque con el respeto voy a cualquier lado. (...) Él [el hijo] es el único que viene, nada más que para acompañarme, hacerme compañía, que no esté sola... y mi vida es esto. (...) Siempre cartonee y no tengo vergüenza de decirlo porque no es ninguna deshonra” (subdelegada TB, cartonea hace 24 años, fue su único trabajo).

“...lo que hicimos fue sembrar y cosechar lo que logramos en toda esta época. O sea, hemos cosechado amistad y esta amistad no nos ha cerrado las puertas sino todo lo contrario, nos fortaleció más... (...) Porque muchas veces, al menos yo, me lo hacen recordar casi siempre los de la “cúpula”, de dónde salimos ¿no?: salimos de la villa y hoy... bueno, yo vivía a 300 m. de acá [un departamento de material frente a la villa] y me tocó acá pero me tocó 8 meses acostumbrarme que estaba viviendo en un departamento. (...) Para bien de toda la familia lo hicimos, pero yo no me olvido que salí de ahí...y mañana estaremos con el Chevrolet andando y no tiraremos del carro pero andamos en Chevrolet, seguimos siendo cartoneros. Somos cartoneros igual” (Presidente de una cooperativa, 15 años en la actividad).

De este modo, encontramos que es en estos casos en que no se reniega de la actividad sino que se la concibe como un trabajo más, tan digno como cualquier otro, en donde se encuentra abierta la posibilidad de la emergencia de organizaciones.

En otras palabras, en los tres casos estudiados, la emergencia de organizaciones en torno a esta actividad laboral considerada generalmente transitoria e indeseable, se encuentra estrechamente relacionada con historias laborales vinculadas fuertemente a ella de tal modo que permite la configuración de una percepción positiva de la misma. Entre los argumentos sobre los que se apoya esta posición se mencionan fundamentalmente las virtudes de trabajar en lugares abiertos, sin jefes y con la posibilidad de optar por jornadas de corta duración (limitadas a lo necesario para poder vivir). En algunos casos, incluso, la argumentación incluye una mayor toma de conciencia del circuito integral del negocio de la basura y del lugar subordinado que ellos ocupan en él, así como un intento por reivindicar los beneficios socio-ambientales de la actividad.

Es así que, si bien por lo general no se descarta la posibilidad de obtener otro tipo de trabajo, se apuesta a ir logrando mejoras que les permitan seguir trabajando en esto mismo, pero en condiciones más ventajosas. La participación de muchas de estas personas en la elaboración de la ley 992, con el propósito de ser contemplados como parte del servicio de higiene urbano, es una muestra clara de ello. Esto implica una mirada de largo plazo que no está presente en otros casos.

Notas finales

A lo largo de este artículo hemos presentado una aproximación al trabajo de investigación que nos encontramos llevando adelante, sobre la emergencia de experiencias de organización del trabajo en una actividad laboral caracterizada por su individualidad y fragmentación social.

A partir de un fugaz recorrido histórico sobre las transformaciones acontecidas en el cirujeo a lo largo de los años, hemos intentado demostrar que, si bien se trata de una actividad centenaria, en la actualidad presenta características que la diferencian de otras etapas socio-históricas. De este modo, encontramos que la emergencia de asociaciones (muchas veces bajo la forma de cooperativas) se encuentra más vinculada a un escenario socio-histórico que promueve este tipo de iniciativas frente a los inéditos niveles de desocupación y no contención estatal, que a la valorización del colectivo y del cooperativismo como modalidad de trabajo.

Además, hemos intentado dar cuenta de las tramas de sociabilidad que se generan en estas experiencias y del lugar de centralidad que en ellas presentan los referentes.

Resulta importante señalar que los procesos que analizamos se encuentran en pleno desarrollo y cuentan con pocas experiencias previas de las que puedan valerse como modelos. Esto explica los constantes vaivenes entre formas tradicionales de organización del proceso de trabajo y la tímida aparición de formas novedosas y creativas. Se trata, de este modo, de un proceso abierto del que nosotros hemos tomado un momento concreto de su historia, aquel transcurrido durante el año y medio de desarrollo del trabajo de campo. Como los participantes de estas experiencias se han encargado de decirnos una y otra vez, el camino iniciado implica para ellos un aprendizaje permanente. De este modo, nada impide que nuevas experiencias en este proceso abierto los hagan recorrer caminos diferentes a los hasta aquí emprendidos.

Notas

- (1) Artículo N° 6 de la Ordenanza N° 33.851.
- (2) Entrevista realizada por la Revista Parlamentario al Diputado E. Valdés. 2002.
- (3) Una investigación realizada entre mayo de 1998 y 2002 por la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Católica, dirigida por Agustín Salvia, sostiene que el empleo informal que más creció fue el de los cartoneros. Citado en Busso y Gorbán (2003).
- (4) CMV: Comisión Municipal de la Vivienda.

Bibliografía

- BOURDIEU, P. (1997) - *Capital Cultural, escuela y espacio social*. Ed. S. XXI. México.
- BOURDIEU, P. (1991) - *El sentido práctico*. Ed. Taurus, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1998) – “Lo muerto se apodera de lo vivo: las relaciones entre la historia reificada y la historia incorporada”, *Cat. Teoría Social Contemporánea* (Traducción de E. Tenti: FCS, UBA). Original: *Actes de Recherches en Ciencias Sociales*, 32/33, 1980.
- Busso, M. y Gorbán, D. (2003) – “Resignificaciones identitarias en un difundido, difuso y conflictivo espacio de trabajo. cartoneros y feriantes en calles argentinas”, presentado en XXIV CONGRESO de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Perú.
- CROZIER, M.; FRIEDBERG, E. (1990) – *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, Alianza Editorial Mexicana, Colección Política, México.
- FAJN, J. G. (2002) - *Cooperativas de Recuperadores de Residuos. Exclusión social y autorganización*. Centro Cultural de la Cooperación. Ed. IMFC. Cuaderno de trabajo N° 2, Buenos Aires.
- GORBÁN, Débora (2005) – “Formas de organización y espacio. Reflexiones alrededor del caso de los trabajadores cartoneros de José León Suárez”. Tesis de Maestría, UBA. Mimeo.
- GUTIÉRREZ, A. (1997) - 1er. Congreso Internacional "Pobres y Pobreza en la Sociedad Argentina", Universidad Nacional de Quilmes. Año 1997. www.naya.org.ar
- KESSLER, G. (1996) – “Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia”, en Beccaria y López (Comps.) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Unicef/Losada, Buenos Aires.

- KOEHS, J. (2005) – “Cuando la ciudadanía apremia. La ley “cartonera” y la emergencia del cartonero como actor público”. Espacio Editorial, Buenos Aires.
- SUÁREZ, F. (2002) – “Actores sociales de la Gestión de Residuos Sólidos de los Municipios de Malvinas Argentinas y José C. Paz”, Tesis de Maestría, UNGS. Mimeo.
- SUÁREZ, F. (s/f) – “Las recojan y arrojen fuera de la ciudad. Historia de la gestión de residuos”, Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto del Conurbano. Proyecto de investigación. Mimeo.
- SCHAMBER, P. y SUÁREZ, F. (2002) – “Actores sociales y cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense”, en Revista Realidad Económica, Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003) – *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Ed. Biblos, Buenos Aires.
- VUOTTO, Mirta (2002) – entrevista, www.segundoenfoque.com.ar, octubre 2002.